



ASIS ARANA
WORDS

ASÍS ARANA

WORDS\$

*A Guillermo Terry Guzmán, buen amigo
y artista de enorme talento, ante quien
el mundo demuestra su total carencia del
mismo, al –todavía– no haber sido capaz
de reconocer el suyo como se merece.*

Primera edición. Octubre de 2012

EDITA:
QUÉ TAL TODO

IMPRIME:
SAMPER IMPRESORES

DISEÑO DE PORTADA:
JUAN DE LA RICA

ISBN: 978-84-616-1531-5

DEPÓSITO LEGAL: BI-1894-2012

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. STANLEY; MADRID, ENERO DE 2042	21
2. MARÍA Y STANLEY; MADRID, JULIO DE 2022	29
3. CRISTINA Y STANLEY; MADRID, ENERO DE 2042	39
4. STEVE, SARAH, CRISTINA, MARÍA Y STANLEY; MADRID, JULIO DE 2028	55
5. BULLOCK Y RUSSELL; NUEVA YORK, ENERO DE 2042	77
6. BULLOCK Y MARÍA; VUELO MADRID–NUEVA YORK, NOVIEMBRE DE 2031	97
7. STANLEY Y STEVE; MADRID, ENERO DE 2042	111
8. BULLOCK, RUSSELL Y EL DOCTOR CORK; NUEVA YORK, ENERO DE 2033	129
9. CRISTINA Y SARAH; MADRID, ENERO DE 2042	147
10. STANLEY Y MARÍA; MADRID, SEPTIEMBRE DE 2033	157
11. STANLEY, BULLOCK Y MARÍA; MADRID, ENERO DE 2042	173
12. STANLEY, MARÍA Y BULLOCK; MADRID, NOVIEMBRE DE 2033	193
13. STANLEY, SARAH Y CRISTINA; MADRID, ENERO DE 2042	211
14. STANLEY, STEVE Y CRISTINA; MADRID, FEBRERO DE 2034	227
15. STANLEY Y BULLOCK; MADRID, ENERO DE 2042	245
16. STEVE, SARAH Y CRISTINA; MADRID, FEBRERO DE 2034	257
17. STANLEY, MADRID; ENERO DE 2042	269

18. BULLOCK, NUEVA YORK; DICIEMBRE DE 2035	299
19. STANLEY Y MARÍA; MADRID, ENERO DE 2042	305
20. SARAH, STEVE Y CRISTINA; MADRID, FEBRERO DE 2038	317
21. STANLEY, MARÍA Y BULLOCK; MADRID, ENERO DE 2042	337
22. BULLOCK; MADRID, JULIO DE 2041	343
23. BULLOCK, STANLEY Y CRISTINA; NUEVA YORK, FEBRERO DE 2042	347
24. STEVE Y CRISTINA; MADRID, NOVIEMBRE DE 2041	363
25. BULLOCK; NUEVA YORK, MARZO DE 2042	373
26. STANLEY, BULLOCK, CORK, MARÍA Y CRISTINA; NUEVA YORK, MARZO DE 2042	377
27. BULLOCK Y MARÍA; NUEVA YORK, MARZO DE 2042	397
28. STANLEY Y SARAH; NUEVA YORK, MARZO DE 2042	407
29. BULLOCK Y RUSSELL; NUEVA YORK, AGOSTO DE 2042	413
30. BULLOCK, MARÍA Y CRISTINA; NUEVA YORK, OCTUBRE DE 2042	425
31. STANLEY, SARAH Y MARÍA; NUEVA YORK, ENERO DE 2043	437
32. STANLEY, MARÍA Y BULLOCK; MADRID, DICIEMBRE DE 2033	445
33. STANLEY Y MARÍA; NUEVA YORK, ENERO DE 2043	453
34. STANLEY, MARÍA, BULLOCK Y EL DR. CORK; MADRID, ENERO DE 2034	457
35. STANLEY Y MARÍA; MADRID, ENERO DE 2043	465
36. STANLEY Y CRISTINA; NUEVA YORK, FEBRERO DE 2043	471
37. BULLOCK, RUSSELL, MARÍA, STANLEY, CRISTINA Y SARAH; NUEVA YORK, FEBRERO DE 2044	481
EPÍLOGO	493

En un mundo en el que el lenguaje no fuera gratis, cuál sería el producto de lujo, ¿la verdad o la mentira?

Cualquier acción emprendida por un ser humano, sea ésta física o intelectual, tácita o expresa, consciente o inconsciente, de consecuencias inmediatas o latentes, o de efectos directos o indirectos, tiene siempre por objeto último tratar de atenuar su sentimiento de soledad. En el caso de los solitarios crónicos esto es mucho más acusado todavía, ya que lo son precisamente porque cualquier compañía les provoca que dicho sentimiento sea incluso más acuciante. Y es que la “solitariedad” o la misantropía son a la soledad lo mismo que el sexo al amor.

*Ojalá contigo mi corazón fuera disléxico
Dyslexic heart, Sweet Oblivion*

PRÓLOGO

En el año 2042 el mundo es gobernado por una aparente democracia que no es sino una farsa orquestada por los gerifaltes de Word Corporation. A pesar de que el Presidente de la República Federal de la Tierra es negro –perteneciendo así a una de las razas del colectivo oprimido–, no es más que un títere designado a dedo por el líder de la todopoderosa multinacional. Y aunque de cara al público puede disfrutar gratis del lenguaje como privilegio ligado a su cargo, conoce perfectamente el origen de tan injusto panorama. Es decir, no deja de ser un corrupto que se ha vendido para disfrutar de una posición preeminente.

Y es que vota tan sólo el veinticinco por ciento de la población mundial. Precisamente la de raza blanca, cuyos individuos son los únicos que pueden expresarse a través de las palabras sin tener antes que pagar por ellas. Sin embargo, no se trata de que al resto de habitantes no les esté permitido votar. Esa gran mayoría se abstiene de hacerlo, porque ha llegado un momento en el que se han dado cuenta de que su voto no sirve absolutamente para nada. No obstante, es impensable la idea de una posible rebelión, puesto que sin lenguaje les resulta imposible llevarla a cabo.

El ejercicio desaforado del librecambio ha sido tanto la causa como la consecuencia directa de la alienante circunstancia que atraviesa el planeta. Y es que, en resumidas cuentas, sus habitantes han llegado a tal nivel de frenesí capitalista que, en la práctica, la frontera entre la política y la economía ha desaparecido por completo.

Aquellas personas que no pueden expresar sus pensamientos para comunicarse sin pagar previamente, son conocidas por los blancos con

el sobrenombre de los *afectados*. Cada vez más oprimidos y resignados, se muestran incapaces de cambiar su desesperada situación. Muchos de ellos son conscientes de que su condición humana peligra si continúan cediendo a la inercia de los acontecimientos. A pesar de ello, el sacrificio de la rebelión se les antoja, además de posiblemente estéril, demasiado grande como para renunciar al pequeño placer que todavía les procura el consumo de caprichos y pasatiempos ajenos al lenguaje. Esto es, todo el resto de bienes y servicios de amplísima gama que también les ofrece el mercado.

De hecho, la compraventa de palabras se ha convertido en la mayor de las paradojas. Y es que, a pesar de seguir pudiendo considerarse bienes de primera necesidad por lo que implican para el ser humano, a tenor de su exorbitante precio representan también el producto esnob por antonomasia.

Podría decirse que el germen a partir del cual se llegó a esta situación fue casi accidental. No mucho tiempo atrás, la empresa farmacéutica de la que surgiría Word Corporation, logró fortuitamente lo que muy poco antes sonaba a la más delirante ciencia ficción. Y es que no tardaron en percatarse de que, en términos neuropsicológicos, habían sido capaces de disociar bioquímicamente el pensamiento (tanto el analítico como el sentimental), de su expresión tangible instrumentada a través de las palabras. Es decir, mediante manipulaciones químicas lograron aislar los mecanismos cerebrales que permiten pensar y sentir por un lado, de las funciones físicas que sirven para comunicar ese estado mental concreto en forma de lenguaje. Entendiendo esto último, eso sí (y de ahí lo trascendental y revolucionario del hallazgo), en cualquiera de sus posibles manifestaciones. Es decir, hablamos tanto del lenguaje hablado, como del escrito o gestual.

A través de dicho experimento neuropsicológico consiguieron constatar lo que ya se intuía desde mucho tiempo atrás. Sin embargo, sólo entonces se pudo probar científicamente que, aunque sea de modo mucho menos estructurado, se puede pensar sin palabras. Es decir, que éstas son nada más –pero tampoco menos– que invenciones humanas creadas al servicio de la comunicación.

Lo anterior podía haber constituido un gran motivo de satisfacción para el conjunto del planeta. Sin embargo, hace mucho que el ser humano se ha probado a sí mismo que cualquier avance puede devenir en la mayor de las catástrofes, si quienes lo explotan lo hacen de forma perversa y persiguiendo fines ilegítimos y autárquicos.

Y es que dichos experimentos llegaron a oídos de indeseables que enseguida entrevieron —y desde luego no desaprovecharon— el fabuloso potencial de control político-económico que atesoraba dicho hallazgo. ¿O es que acaso hay alguien capaz de imaginar un instrumento de poder semejante a aquél que permite controlar la capacidad expresiva y de comunicación de la gran mayoría del mundo? Viene a representar —valga la aparente contradicción— la posibilidad de instaurar una dictadura no necesitada de ninguna amenaza físicamente violenta.

A pesar de todo, la organización que luego degeneraría en Word Corporation, tenía muy claro que, de cara a cumplir con sus maléficos planes, era fundamental que éstos fueran desarrollándose de forma gradual. Así que poco después de llevar a cabo su fantástico descubrimiento, extendieron furtivamente una sustancia que resultaba imperceptible para quienes no supieran previamente de ella. Dicha sustancia había sido diseñada ex profeso para privar a una gran parte de la población mundial de su capacidad para expresarse, si bien no así de sus pensamientos, léase de su conciencia. Es decir, en términos neuropsicológicos los seres que probaban dicha sustancia se volvían *afásicos* (incapaces de hablar), *ágrafos* (incapaces de escribir), y *apráticos* (incapaces de comunicarse mediante gestos o movimientos).

A su vez, estos científicos desarrollaron simultáneamente la tecnología bioquímica necesaria para producir —y luego vender— un antídoto que permitiera recobrar la capacidad de expresión. Es decir, la exteriorización o materialización de dichos pensamientos y sentimientos. Esto es, fueron capaces de fabricar el lenguaje que pudiera vincularse a palabras susceptibles de expresarse en cualquiera de sus posibles manifestaciones físicas.

Sin embargo, el gran descubrimiento fue que el antídoto se desarrolló hasta tal punto de sofisticación, que podía fragmentarse y combinarse hasta niveles insospechados. Y es que podía funcionar

únicamente para la parte específica del habla y la comunicación que ellos decidieran. Es decir, no sólo cada palabra, sino que cada combinación de palabras contaba con su antídoto específico.

Las consecuencias de este hecho fueron que las palabras, tanto las pronunciadas como su expresión escrita o gestual, pasaron a convertirse en productos mercantiles de consumo caduco.

De forma paralela, los responsables de estos hallazgos sabían que lo más importante era la forma en que introdujeran y extendieran la epidemia o mal del lenguaje. Debían buscar un patrón de infección que les eximiera de responsabilidad alguna, y a través del cual pareciera que todo se debía a un inexplicable capricho de la naturaleza. Decidieron que la raza era el criterio discriminatorio más razonable. Así que, antes de actuar, compraron concesiones de suministro de agua en todos los continentes de raza no caucásica, para que pareciera que sólo esta raza era genéticamente inmune a la epidemia. Luego disolvieron la sustancia en dicho agua y todo fue cuestión de horas. Tres cuartas partes de la población mundial, aun siendo capaces de pensar con normalidad, no podían expresarse ni comunicarse entre ellas. Y entonces, como no podía ser de otra forma, el mundo se sumió en el pánico más absoluto.

Lógicamente, los blancos que vivían en los continentes contaminados también resultaron afectados por el envenenamiento. Sin embargo el plan había sido muy meticulosamente trazado, y se había previsto la solución para todas las posibles contingencias. A falta de otra explicación más sólida, la más razonable de cara a justificar esta aparente contradicción racial, era decir que estos individuos habían sido contagiados por convivir con la población *afectada*.

Una vez establecidas las bases para desarrollar su maquiavélico plan, y de cara a ocultar su premeditación, los artífices de esta pesadilla tardaron todavía casi dos años más en comercializar el antídoto que atenuaría la incomunicación de la población *afectada*. Esto es, el compuesto químico que, tras su ingesta en forma de píldoras, el *afectado* en cuestión podría traducir en palabras.

Y es que los propiciadores de la catástrofe lo tuvieron muy claro desde el principio: Word Corporation debía presentarse al mundo como su salvador, y no como su tirano. Y fue por eso que, para evitar

contratiempos de índole social y violenta, la población fue vilmente engañada. Word Corporation presentó su antídoto, en vez de cómo lo que era, es decir, asombrosamente preciso y refinado, como un remedio imperfecto para contrarrestar la epidemia. O lo que es lo mismo, una solución de eficacia parcial y caduca que requería ser constantemente renovada a través del consumo. Sostenían además que la materialización neuroquímica de cada palabra, cada expresión, exigía un enorme trabajo de laboratorio, y que por ello sólo podía ser suministrada a un elevadísimo precio.

Poco importó que la gente les creyera o no. Después de dos años completamente incomunicados, los *afectados* se encontraban al borde de la deshumanización por haber vivido casi como robots. Y es que, lógicamente, por entonces sólo podían hacer trabajos físicos y se encontraban muy cerca del auto aniquilamiento colectivo. Así que a nadie le extrañó que, cuando la capacidad expresiva surgió en el mercado en forma de producto consumible, todo el mundo *afectado* se lanzara masivamente a comprar lenguaje.

De ahí a la práctica y total esclavitud: un paso. Poco o nada importaba si creían o no el discurso de Word Corporation. En la compraventa de palabras, como en la de cualquier otro mercado, se instauró la brutal ley de la oferta y la demanda. Y como era de esperar tal y como estaban las cosas, la segunda fue muy superior a la primera.

El curso de los acontecimientos fue tan vertiginoso como inexorable. Ese sucedáneo del lenguaje se vendía en un vasto mercado mundial escrupulosamente controlado por Word Corporation. Indefensa bajo su yugo, una angustiada población acudía a él en masa para poder comunicarse con sus semejantes, aunque fuera de forma rudimentaria.

Al de poco tiempo la mayor parte de la población mundial *afectada* se puso a trabajar de un modo absolutamente compulsivo (en la mayoría de los casos para el gigantesco y casi único grupo económico mundial, Word Corporation). Desesperada, trataba así de ganar un dinero que siempre invertía después en comprar más y más palabras.

Porque claro, imaginémoslo a bote pronto: ¿qué no haría o dejaría de hacer un ser humano para poder seguir manifestando lo que quiere

o piensa, pero sobre todo lo que siente, si sólo tuviera que comprarlo? ¿Sacrificaría a cambio su propia libertad, aunque lo que sintiera fuera precisamente esa completa falta de libertad? Pues bien, el género humano se demostró a sí mismo que sí, que su naturaleza es mucho más social que libertaria.

Con este panorama, es fácil inferir que Word Corporation se hiciera en muy poco tiempo con el absoluto poder mundial. Se basó para ello, claro está, en su descomunal potencial de crecimiento económico. La población *afectada* demandaba más y más palabras, y lógicamente su precio subía imparable.

Por otro lado, pronto se dieron casos de *afectados* que se mostraban incapaces de asumir su nueva situación, así como el inhumano ritmo de trabajo al que les sometía la inercia de los acontecimientos. Renunciando a cualquier tipo de lenguaje (y es posible que por ende a su mismísima humanidad), volvieron sin apenas darse cuenta a su estado más salvaje y primitivo. Eran los marginados de los ya marginados, y eran conocidos como los *parias*. Seres que vivían mudos y solitarios, aislados, andrajosos y entre basuras, asilvestrados y miserables, ya completa y ¿felizmente? ajenos al comercio de palabras.

Al de muy pocos años de actividad, y tras una irresistible ascensión, Word Corporation había comprado la totalidad de los gobiernos del mundo, derribando todas las fronteras geográficas y culturales habidas y por haber. Del mismo modo, su presidente se había convertido en el amo y señor del planeta. La organización que lideraba había logrado esclavizar a casi tres cuartas partes de la población mundial (la práctica totalidad de Sudamérica, Asia y África). Y es que les vendían las palabras, además de a un precio exorbitante, en un mercado que era cualquier cosa menos libre.

Hipócritamente y de forma paralela, Word Corporation había ido desarrollando campañas mediáticas de todo tipo. Se auto presentaba en ellas como un ejemplo de estado caritativo y protector. Trataban así de evitar responsabilidades y, por ende, posibles rebeliones populares. A través de absurdos e inverosímiles ardises publicitarios, hacían lo imposible por maquillar la situación con el fin de mantener la farsa. Pretendían convencer a la población oprimida de que el mal

que padecían era crónico y potencialmente contagioso, natural y de transmisión genética, fruto de una epidemia de naturaleza insondable. Por ese motivo, la población marginada se resignaba a vivir en un aislamiento constante. Y es que, disuadida por ese posible y temido contagio, no se relacionaba para nada con ningún individuo de raza blanca.

La masa esclavizada trabajaba de sol a sol para empresas controladas en última instancia por Word Corporation, y siempre en actividades absolutamente mecánicas y alienantes. Es decir, las condiciones de trabajo eran infrahumanas, pero no en el plano físico, sino en el psicológico. O lo que viene a ser lo mismo, sólo en cuanto a la desquiciante repetición de las tareas para las que se les contrataba. Porque es más, en ese sentido las condiciones laborales eran de lo más profilácticas e higiénicas. Y es que la sofisticación y automatización de los procesos productivos habían llegado a cotas nunca antes alcanzadas.

Así que, en humillante resignación, los *afectados* se deslomaban trabajando con el único fin de retroalimentar su obsesión: poder comprar la expresión de todos los pensamientos y sensaciones que se agolpaban en sus mentes. Pero por encima de todo, los *afectados* anhelaban poder vomitar todo lo relacionado con los sentimientos que profesaban a sus seres más queridos. Quizás porque el silencio en el que nadaban sus afectos, los condenaba muchas veces a un previsible y frustrante naufragio.

Y aunque la farsa no tardó en hacerse patente, los *afectados* sí que asumieron al principio que la estrecha vigilancia a la que Word Corporation les sometía obedecía exclusivamente a causas preventivo-sanitarias. Esto es, que su único fin era evitar los temidos contagios. Tan dantesca situación se sostenía precisamente gracias a la sutileza con la que Word Corporation siempre se conducía. Su máxima era muy clara. Para hacer más sólida su estrategia de dominio, jamás debían obligar o animar expresamente a que la población *afectada* comprara sus palabras. Así que, en el mejor de los casos, les invitaban a que lo hicieran. Es decir, con no poca lógica por otro lado, confiaban ciegamente en el irresistible atractivo natural que la capacidad de comunicación tiene sobre el ser humano.

Por otra parte, y a pesar de la tristeza que ello les causaba, la mayoría *afectada* no podía olvidar el estado pseudo animal en el que vivían los *parias*, personas que muy poco antes habían compartido estrechamente sus vidas. Y no obstante el enorme precio que debían pagar por ello, muy pocos se sustraían a la posibilidad de acabar como ellos. Eran conscientes de que, renunciar a la compra de lenguaje implicaba, antes que nada y entre otras muchas cosas, la pérdida de parte de su condición humana. O es por lo menos lo que suponemos que muchos de ellos pensaban, ya que obviamente nadie tenía tanto dinero como para reflexionar en alto sobre el tema.

Algunos *afectados*, aunque fuera fugazmente y a modo de mera hipótesis, incluso se habían planteado la posibilidad de dejar de reproducirse y extinguirse como raza. De ese modo no someterían a su descendencia a semejante calvario de vida. Pero claro, al mismo tiempo todos se hacían las mismas preguntas. ¿Cómo tomar una decisión conjunta y consensuada si apenas podían comunicarse? Y además, lo más desasosegante de todo, ¿qué es menos humano, tener que pagar por expresar lo que uno piensa, o atentar contra los designios de la naturaleza renunciando de forma premeditada a su pulsión reproductora?

En otro orden de cosas, en el mercado de las palabras éstas tenían diferentes precios en función de las intenciones que persiguiera su concreta combinación. Así, por poner el ejemplo más paradigmático, apuntaremos que la combinación de sólo dos palabras *te amo*, era la más cara con diferencia (por encima de *te quiero*, cuyo significado se avenía a un mayor número de interpretaciones prácticas). De hecho, era perfectamente mensurable en términos de trabajo lo que costaba un *te amo* comunicado vía oral (escrito o expresado mediante señas era más barato): equivalía al sueldo de un año de trabajo valorado al precio del salario mínimo.

No obstante, el lenguaje asociado a la realidad más incontestable, era mucho más barato. Sin ir más lejos, pronunciar por ejemplo la palabra *pan* se podía adquirir con el sueldo de apenas un par de horas de ese mismo trabajo. Entre esos dos ejemplos extremos, todo el resto. Por lo menos hasta que las mentes más lúcidas y previsoras de Word

Corporation, se dieron cuenta de que llegaría el momento en que se verían obligados a erradicar determinado tipo de lenguaje. Precisamente aquél que podía perjudicar sus planes futuros de dominación. De este modo, los *afectados* dejaron muy pronto de poder comprar palabras cuya etimología pudiera albergar el germen de una posible disidencia política.

Mucha gente podrá pensar que había una contradicción en la idea previamente expuesta. Es decir, que el amor se demuestra con hechos y no con palabras. Pero eso sólo podría decirse en un mundo en el que el lenguaje fuera gratis. Sería mentira si, como sucedía en el caso que nos ocupa, decir *te amo* costaba dinero. Y es que en este nuevo orden mundial decir *te amo* no eran sólo palabras; eran hechos. Suponía un sacrificio, una renuncia personal en favor de las personas destinatarias de dicho amor. Es decir, equivalía literalmente a un año de desmoralizante trabajo.

Sucedía algo muy irónico. Cuando el *te amo* era gratis, casi nadie lo utilizaba porque las personas sabían que siempre lo tenían a mano. Además, decirlo les resultaba como algo excesivo o demasiado comprometedor. La gente se sentía entonces vulnerable, y hasta violenta en determinadas situaciones. Esas palabras se reservaban casi siempre para la literatura y el cine. Por eso abundaban tanto los cínicos, esos seres para quienes ser descubiertos en sus afectos solía implicar una especie de derrota emocional transitoria. En la vida real resultaba un poco impúdico o *sentimentaloide* –valga la expresión– utilizar determinado tipo de lenguaje romántico. Casi nadie decía abiertamente que se amaba, o por lo menos no sentían la necesidad de hacerlo de un modo tan perentorio.

Pero en el nuevo orden mundial creado por Word Corporation, cuando había pasado a constituir el producto más caro del mundo, todo el mundo ansiaba pronunciarlo de forma casi obsesiva. O dicho de otro modo, la expresión *te amo* era el mejor ejemplo del contrasentido económico que representaban las palabras. Porque a pesar de tratarse por un lado de algo básico y consustancial a la especie humana, constituían también por el otro el producto de lujo por antonomasia.

Por otra parte, el conflicto interior que asolaba a un *afectado* a la hora de gastar dinero en lenguaje, era extraordinariamente agónico. Tenían que escoger constantemente en qué sacrificarse. Porque más que decidir sobre las palabras que más les iban a satisfacer en cada momento, debían hacerlo sobre las que más les iban a consolar. Así, podían hacerse con pocas palabras significativas o, por el contrario, adquirir gran cantidad de esas otras que les permitirían aplacar su sed de habla, pero que en el fondo les iban a dejar más angustiosamente hambrientos de las primeras. O expresado de otra forma, para poder pagar esas palabras de significado más trascendental, no les quedaba otro remedio que pasarse varios días –o incluso meses en función de los casos– sin expresar un solo pensamiento.

Para tratar de ocultar –o mejor dicho justificar– las crueles intenciones que encerraba su estrategia de precios, Word Corporation acabó amparándose en un argumento tan burdo como desquiciante. Sostenían que si las palabras vinculadas con los sentimientos eran las más caras, era precisamente por ser las más demandadas. Hacían clara demagogia al apoyarse en el discurso que preconiza la libertad del mercado, defendiendo que debían dejar que rigiera la ley de la oferta y la demanda. Sin embargo, estaba claro que ese mercado era cualquier cosa menos libre. Fundamentalmente porque, al igual que les pasa a los yonquis, de muy poco le sirve a una persona saber que es una adicta si además –como es el caso– lleva escrita su adicción en su mismo código genético. Seguirá necesitando su droga un día sí al otro también. Y el ser humano, por naturaleza, es un yonqui incurable del lenguaje, de su condición socializante y socializadora, de su animadversión al silencio impuesto e indefinido.

De hecho, Word Corporation tuvo que incrementar poco a poco su dispositivo de seguridad entre los *afectados*, ya que cuando los precios de determinadas palabras se volvieron intolerables, comenzaron a darse casos de personas que habían llegado a matar por hacerse con un *te amo*. Qué irónico, ¿verdad?, matar a una persona inocente para poder demostrarle a otra que la amas hasta tan desproporcionado límite.

Así las cosas, el Consejo de Word Corporation era consciente por otro lado de que no podían tensar la situación de forma indefinida.

Debían mirar hacia el futuro y tratar de prever las consecuencias de su discurso empresarial, así como las de su política de precios. Ya habían pasado algunos años desde que se creara este nuevo orden mundial. Así que si querían perpetuarlo, las nuevas generaciones de *afectados* tenían primero que conocer bien el lenguaje para luego poder necesitarlo. Con este objetivo, debían de plantear alternativas político-comerciales que resolvieran dicha problemática.

Lo único incuestionable es que era imposible predecir qué podía pasar en el medio y largo plazo. Para la mayor parte de la población eran tiempos inciertos, difíciles y convulsos, puesto que se estaba poniendo a prueba la misma esencia de su naturaleza humana.

En cuanto a la población privilegiada —es decir, los no *afectados* de raza blanca—, y aunque fuera a través de una ignorancia asumida o seudo voluntaria, casi toda aceptaba el sistema vigente. Disfrutando gratis del lenguaje, y reacia a preguntarse cuál era el motivo real de su afortunada situación, vivía holgadamente en una bendita inopia. Y puesto que no necesitaban gastar en palabras, comparados con la población *afectada* apenas trabajaban. De modo que aceptaban la versión oficial de los hechos que les daba Word Corporation y, felices, agradecían desconocer la verdadera causa por la que el resto de sus congéneres vivían psicológica y físicamente esclavizados.

O dicho de otro modo, los blancos se autoconvencían todos los días de que simplemente habían tenido mucha suerte naciendo así. Se recordaban a sí mismos que no había que darle más vueltas al asunto, así como tampoco ninguna verdad oculta por descubrir. Y justamente por eso se abrazaban a su ignorancia, para poder así confundir ese equilibrio perfecto del mundo con el suyo propio.

1.

STANLEY; *MADRID, ENERO DE 2042*

El avión había aterrizado según la hora prevista en el aeropuerto de Madrid. No obstante, Stanley y su séquito no tenían tiempo siquiera para pasar por el hotel. Debían de ir directamente al estadio Santiago Bernabéu si querían que el concierto comenzara con no demasiado retraso. La resplandeciente limusina negra, como un estilizado escarabajo gigante, avanzaba en la noche a ritmo constante y sin apenas oírse el narcotizador zumbido de su motor.

Una vez traspasada la frontera que separaba la zona blanca de la *afectada*, era completamente normal que fuera el único vehículo que transitara la autovía. Y es que habían pasado ya más de dos horas desde el toque de queda. A partir de entonces los *afectados* debían tener una autorización especial si querían poder aproximarse a la franja que separaba su mundo del genuinamente hablante.

Sin embargo, en este caso no había problema al respecto. El vehículo gozaba de un permiso oficial, puesto que así también lo era el carácter de la visita de Stanley York, el cantante oficial de Word Corporation más aclamado e influyente de la República Federal de la Tierra (RFT).

Uno de los guardias que controlaban la frontera, incluso se había atrevido a quitarse la mascarilla anticontagio, pues quería pedirle un autógrafo a través de la ventanilla tintada del vehículo. A pesar de que dicha falta de observación al protocolo de seguridad había sido luego reprendida por su superior, el comportamiento del joven era bastante comprensible. Puede que incluso hasta previsible. Y es que era la primera vez que el cantante más admirado del mundo *afectado* visitaba

con carácter oficial el que muy poco antes se había denominado Estado Español.

La carretera estaba flanqueada por sendos quitamiedos de acero inoxidable. Estaban seccionados a través de un corte ondulado que reproducía el logotipo de la megaempresa que –de facto– ejercía el poder en la RFT. Esto es, la uve doble de Word Corporation.

A ambos lados de la autovía se extendían vastos terrenos yermos y arenosos, únicamente poblados por algunas lomas diseminadas. Ya algo más a lo lejos, se recortaba la silueta encrestada de cientos de edificios que, como astillas verticales, resplandecían en el horizonte.

Si uno comparaba ese paisaje urbano con el que acababan de dejar atrás, las diferencias eran prácticamente inexistentes. Sin embargo, a pesar de dichas apariencias gemelas, en las vidas de los habitantes que poblaban las respectivas zonas, todo era igual pero radicalmente distinto al mismo tiempo. Y es que las palabras, de una forma literal, se habían vuelto cruelmente discriminatorias.

Stanley acababa de cumplir cuarenta y dos años y su figura como cantante estaba empezando a adquirir tintes legendarios. Era rubio tirando a castaño claro, tenía los ojos zarcos, y llevaba el pelo largo y peinado hacia atrás. De complexión delgada pero atlética, sus líneas faciales eran enjutas y predominantemente geométricas. Esto es, frente prominente y despejada, pómulos salientes, labios gruesos y mejillas hundidas.

Vestido con un pantalón negro escrupulosamente planchado y una camisa del mismo color, iba repantigado en el asiento trasero del vehículo. Tenía la mirada perdida y su gesto era pensativo.

Mientras tanto, en el asiento de enfrente iba sentado el incansable Damon, quien había sido la sombra de Stanley durante los últimos diez años. Como era habitual en Damon, no paraba de desgranarle su repetitiva y cansina cháchara. Ésta podía resumirse en el monocorde *“por lo que más quieras, Stanley, no te salgas esta noche del guión, y así mañana sólo tendré que repetírtelo casi todo el rato”*.

Lo cierto es que por una parte no le faltaba razón. Y es que España era el último estado del mundo en haber sido anexionado, y los ánimos de muchos de sus habitantes estaban bastante caldeados. Quizás por

ello las instrucciones de arriba habían sido muy claras. La visita de Stanley debía ceñirse a lo estrictamente estipulado, para tratar así de sosegar a la inquieta población *afectada*.

Antes de dejar de producir el español, Word Corporation había dado un plazo de tan sólo un año para que los españoles no blancos que no supieran inglés lo aprendieran, de modo que la actitud de Stanley debía ser lo más apaciguadora posible.

Por otra parte, fruto de los continuos movimientos migratorios de los últimos años, y en combinación con la baja tasa de natalidad de la población oriunda, casi la mitad de los residentes en España eran emigrantes de segunda y tercera generación, la mayoría de ellos de raza no caucásica.

A pesar de su gran responsabilidad como imagen de Word Corporation, hacía tiempo que Stanley funcionaba en su rutina laboral con una suerte de piloto automático. De hecho, durante esos últimos años había adquirido una extraña habilidad protocolaria, siendo capaz de oír sin escuchar de un modo aparentemente atento.

Stanley cavilaba al tiempo que su rostro era acariciado por la suave brisa vespertina. Parecía incapaz de explicarse cómo había llegado a la situación en la que se encontraba. A pesar de que la palabra desidia le producía especial respeto, sabía que lo que estaba empezando a sentir se acercaba peligrosamente a su definición.

Cuando tienes algo que quieren millones de personas –pensaba Stanley melancólicamente–, y te encuentras en la privilegiada posición de poder dárselo, sueles tener dos sentimientos encontrados. Así bien, el sentimiento que al principio es fuerte luego se torna débil, y viceversa.

Y es que cuando el presidente Bullock le nombró siete años antes el primero de los cantantes oficiales de Word Corporation, Stanley no cabía en sí de gozo. El estrellato que tanto tiempo había anhelado se le mostraba por fin al alcance de la mano. Estaba convencido además de que parte de su dicha provenía de la vertiente humanitaria que –no paraba de repetirse– atesoraba su papel de comunicador para las masas silentes. Poder ofrecer a tres cuartas partes del mundo el bien máspreciado que conoce el ser humano, esto es, la palabra oralmente

expresada, cantada además en la más poética de sus formas, le hacía sentirse enormemente feliz. Trataba de pensar entonces que su destino no era sino fruto de la acción compensadora de una providencia esencialmente justa. O por decirlo de otro modo, necesitaba poder pensar que, de cara a consolar a la población *afectada*, él era la prueba de que Dios aprieta pero no ahoga.

Sin embargo, pasada esa placentera experiencia inicial, Stanley había notado con los años cómo otro sentimiento de pesar, más invulnerable que el primero y desde luego mucho más corrosivo, había finalmente usurpado su lugar. La satisfacción que sentía había cedido el paso a una sensación mucho más inquietante. Y es que la aflicción que le causaba ver cómo sus semejantes carecían de algo que él consideraba inherente a la naturaleza humana, superaba con creces cualquier otro tipo de sentimiento.

Meditando sobre estas cuestiones, Stanley notó de repente cómo una mano le palmeaba uno de sus muslos.

— ¿Me estás escuchando? —preguntó Damon inclinándose hacia delante—. Joder, Stan, pon un poco de interés que ya sabes lo mucho que nos jugamos esta noche. La retransmisión va a ser a nivel mundial y buena parte de este público todavía sigue pensando en español.

— Sí, Damon, perdóname. Estaba algo distraído —respondió Stanley con la diplomacia y asepsia acostumbradas.

— Pues eso, que cerramos con el clásico *Words*. Ya sabes que la conoce todo el mundo y que en versión lenta te queda de cojones. Y cántala del modo más romántico y sentido que puedas —suspiró Damon con afectación—. Seguro que así te los ganas de calle. Sobre todo a ellas, que al final son las que manejan el cotarro.

— Pues francamente, Damon, acabar con *Words* en estas circunstancias me parece toda una provocación.

— ¿Una provocación, por qué? —inquirió Damon esbozando una sonrisa automática.

— Joder, escucha la letra. *Words don't come easy to me...* —canturreó Stanley.

— Sigo sin entender el porqué del problema —insistió Damon.

— ¿Te parece poco porque España sea el último estado que a la RFT le quedaba por anexionar y el español el último idioma en desaparecer, o es que has estado dormido durante los últimos tres años, querido? –lapidó Stanley con el máximo de ironía que solía permitirse con Damon.

Y no es que Damon fuera mala persona, era simplemente un poco mezquino, pensaba Stanley de su agente las pocas veces que estaba tan aburrido como para hacerlo. Aunque de tanto que le había tratado le había cogido también algo de afecto, no olvidaba que su presencia era una imposición de Word Corporation. Además, desconocía muchos aspectos de su pasado, un pasado sobre el que, por una u otra razón, Stanley nunca se había atrevido a preguntar. Tan sólo sabía que era servil, interesado por naturaleza, y poco dado al altruismo o a reprimir cualquiera de sus apetitos, fueran éstos del tipo que fueren.

Por otro lado, Stanley sí que tenía motivos para recelar de la situación de España. Y es que conocía de primera mano parte de su historia reciente, al estar casado con una española.

— No seas tan alarmista, hombre –le tranquilizó Damon echándose hacia atrás–. Si hemos venido a actuar aquí, es precisamente como muestra de que la situación en España está más que controlada. Los de arriba quieren que sus *afectados* vean que Word Corporation les considera hermanos miembros de la RFT, y que son tenidos como sus iguales.

— ¿No te ha parecido un tanto radical eliminar el español de la producción? –le preguntó entonces Stanley ásperamente–. En mi opinión ha sido poco menos que puro recochineo. Recuerda que era hasta hace nada la lengua madre de casi dos mil millones de personas.

— ¿Sobre cuántas, sobre más de diez mil totales? No me parece tan grave.

— ¿Es que sólo eres capaz de ver las cosas desde tu ventana? Me parece increíble, Damon, de verdad –dijo Stanley con un deje de tristeza.

— Claro, Stan, ahora resulta que tú eres el artista solidario en pro de los derechos del pueblo oprimido. Espero que no me obligues a recordarte tu posición dentro de la organización, y cuál es el objeto

de nuestro trabajo –dijo Damon sin mirarle a la cara, y tras ajustarse el nudo de la corbata con un movimiento mecánico.

Damon era perfectamente consciente de que el silencio era la única respuesta sensata de la que Stanley podía echar mano ante un comentario así. Y Stanley podía cometer muchos pecados, pero ya se había demostrado a sí mismo infinidad de veces que la insensatez no era uno de ellos.

En realidad Stanley se sentía extrañamente cohibido en España. Y es que fue ahí donde, mucho tiempo atrás, podría decirse que había comenzado todo para él. Le resultaba especialmente irónico el modo con que se estaban desarrollando los acontecimientos para este país.

La última vez que aterrizó en Madrid procedente de Nueva York, Stanley contaba apenas veintidós años. Entonces no tardó en comprender que la unidad política de España era una cuestión que llevaba mucho tiempo siendo debatida por algunos de sus habitantes.

Fundamentalmente había dos regiones, Euzkadi y Cataluña, en las que las facciones independentistas traían de cabeza a los defensores de la Constitución, piedra angular del sistema jurídico que regía los designios del país. Stanley se preguntaba qué pensarían esas personas (muchas de ellas ya desaparecidas) de esas otras que, apenas veinte años después, se habían visto obligadas a luchar por un movimiento independentista español de calado mucho más amplio.

Al final todos somos iguales, sólo que unos más que otros y cada uno con lo suyo –reflexionó entonces Stanley con cierto desencanto–.

¿Qué había sido de esa España que Stanley había conocido tanto tiempo atrás, de ese país que creía tener problemas perennemente insolubles pero que sin embargo rezumaba orgullo y alegría a espuestas?

Cuando llegó por primera vez, Stanley sólo creía saber dos cosas acerca de España: que por muy bien que llegara a tocar la guitarra jamás podría hacerlo como un guitarrista flamenco del montón, y que a pesar de no haber conocido a ninguna, las mujeres españolas no iban a ser el motivo de su desencanto como extranjero.

Obviamente por muy diferentes motivos, en ninguna de esas dos cosas se equivocó. No obstante, hay aciertos de los que uno muchas veces puede llegar a arrepentirse. Si María era uno de ellos, era una

cuestión que todavía no había llegado a resolver. Es más, pensó Stanley, no le extrañaría que fuera a morirse sin conseguirlo. Y es que María, en todos los sentidos, y sobre todo para la exaltación de los mismos, era mucha María.